

EDITORIAL

Educación artística para la Justicia Social

Art Education for Social Justice

Federico Mayor Zaragoza

Fundación Cultura de Paz, España

Las expresiones plásticas del espíritu, de los pensamientos y sentimientos, no necesitan traducción a grafismos o sonos vocales específicos. A través del arte se transmiten mensajes y se logra deleitar, emocionar, motivar... El arte alerta, irrita, consuela, instiga, induce a la reflexión y la acción...

Debido a las rápidas y continuas mutaciones que experimenta la sociedad, todos los actores implicados en el proceso educativo sienten la necesidad de disponer de contenidos educativos adecuados a las exigencias actuales. Por ese motivo, nunca antes ha revestido la educación tanta importancia, ya se trate de la expansión del alumnado, de los recursos que se le asignen o de la función que cumple en la sociedad, que debe convertirse progresivamente en una sociedad del saber a escala mundial. Existe un amplio consenso sobre la necesidad de cambiar en profundidad la educación, transformándola en un proceso guiado por una visión de conjunto de la sociedad futura.

La creciente demanda de educación implica no sólo *más* oportunidades de aprendizaje, sino oportunidades *diferentes*. La demanda de conocimientos avanzados que hoy se da en el mundo entero tiene implicaciones profundas en la relación entre la educación y la sociedad. Necesitamos una “sociedad de conocimientos” como contrapartida de la “sociedad de la información”, transformando la *información* en *saber*. La gente clama por un mundo en el que cada cual tenga la oportunidad permanente de desarrollar plenamente sus potencialidades intelectuales y creativas.

Nadie, ni una sola persona, debe sentirse condenada a un exilio permanente del mundo del saber. Es una cuestión de dignidad humana. Es, de hecho, una cuestión de auténtica democracia.

Las artes son un medio poderosísimo para la formación, para el descubrimiento y consolidación de nuestra identidad, de nuestra diversidad infinita pero también de nuestro destino común, para afianzar los fundamentos del espíritu en momentos en que las brújulas intelectuales y morales son más apremiantes que nunca.

Los padres, los educadores y los alumnos forman un triángulo cuyos vértices se necesitan mutuamente, de forma que no puede haber una educación que forme ciudadanos del mundo si no existe esta interacción permanente entre los protagonistas del proceso educativo. Todos aprenden y se forman recíprocamente.

Cada ser humano está dotado de una facultad distintiva, que le hace inmensurable e impredecible: la de crear, innovar, inventar. Por ello –“pienso luego existo”– es imprescindible que dispongamos de tiempo para reflexionar, para asimilar como conocimiento la información recibida, sin ser espectadores pasivos

CÓMO CITAR:

Mayor Zaragoza, F. (2021). Educación artística para la Justicia Social. *Revista Internacional de Educación para la Justicia Social*, 10(2), 5-6.

que, poco a poco, actúan al dictado y son incapaces de expresar sus propios pensamientos y sentimientos. Incapaces de argüir, asentir, disentir, denunciar.

Aprender a conocer, a hacer, a vivir juntos, a emprender... pero, en primer lugar, *aprender a ser* plenamente humanos: la filosofía es fundamental para la reflexión y las enseñanzas artísticas lo son para el fomento de la creatividad. Cada ser humano único capaz de crear, de inventarse, nuestra esperanza.

Hoy, en medio de tantas incertidumbres y desentrenamiento intelectual, es más necesario que nunca contar con la brújula de unos valores, de unos principios que inspiren nuestras actitudes. Los “ideales democráticos de justicia, libertad, igualdad y solidaridad constituyen, junto a la Declaración Universal de Derechos Humanos, los “lazos comunes” a la infinita diversidad cultural que distingue a la especie humana.

Desde siempre hemos vivido en el contexto social de la ley del más fuerte. “Si quieres la paz, prepara la guerra”. Ahora debemos, más que nunca, “aprender a vivir juntos”, como recomienda el Informe Delors, a compartir. Compartir mejor –bienes de toda índole, incluido desde luego el conocimiento científico– es esencial para construir cada día la paz “en la mente de los hombres”.

La cultura de paz sólo será posible con el compromiso de la comunidad educativa en la transmisión a los niños de hoy –los adultos de mañana– de los valores en que se basa el progreso armónico de la humanidad: solidaridad, tolerancia, respeto mutuo, espíritu de diálogo y conciencia de la dignidad de cada ser humano. Cada cuatro días, un millón de personas –cada una de ellas única– llega a vivir con nosotros, la mayoría de las veces en los barrios más menesterosos de esta “aldea global” que hoy es el mundo.

Debemos esforzarnos para que todas ellas puedan decidir por sí mismas sobre su futuro y diseñen su forma de vivir y de actuar. En esto consiste la educación: en dirigir con sentido la propia vida, en alcanzar esta “soberanía personal” que permite el ejercicio pleno de la ciudadanía.

En ausencia de un desarrollo educativo adecuado, la participación ciudadana en la toma de decisiones resulta simbólica o inexistente. Sólo la educación permite cultivar la capacidad de expresión, que es garantía de una auténtica participación democrática. Sólo si logramos hacer realidad el ideal de “educación para todos a lo largo de toda la vida” realizaremos con éxito la gran transición de la cultura de la fuerza y de la imposición, de la cultura de guerra y de violencia en la que estamos viviendo, a la cultura de diálogo, de tolerancia y no-violencia que propugnamos para la nueva era.

La libertad personal irrestricta será el distintivo de los nuevos tiempos. La educación preparará a los ciudadanos para el advenimiento de una era de auténtica democracia. Este es uno de los retos principales que hemos de afrontar. Por eso necesitamos una revolución del saber, sin la cual la llamada “revolución digital” de la nueva tecnología de la información sólo acarreará más desigualdad, injusticia y exclusión. Discernir entre lo factible y lo éticamente admisible y aplicar adecuadamente, y a tiempo, el conocimiento: en esto consiste, en buena medida, la sabiduría.

La inmensidad de datos e información se tiene que convertir en conocimiento mediante la reflexión y el pensamiento, tiene que convertirse en formación, y sólo así –como antes apuntaba– desembocará en sabiduría. Elliot decía: “¡Cuánta sabiduría se diluye en el conocimiento, y cuánto conocimiento en la información!”.

El educador es el protagonista principal de la educación –junto a la familia–. Los instrumentos son útiles, pero no bastan, por muy sofisticados que sean. María Zambrano dijo que “sin educación para la paz no habrá desarrollo duradero”. La mejor pedagogía –la única– es la del amor y el ejemplo. Y la del amor, la asumida en un contexto hogareño y social armonioso, y aprendida con ternura y afecto hacia los educadores y de los educadores hacia los aprendices.

Debemos proporcionar a nuestros jóvenes las herramientas y las capacidades que les permitan establecer, mediante la reflexión, sus propias respuestas a preguntas esenciales, esas cuestiones que a veces incluso somos incapaces de plantearnos porque nos distraemos fácilmente con el tremendo vocerío de lo superfluo que nos impide concentrarnos en las cuestiones básicas, en los grandes desafíos sociales, medioambientales, culturales y morales que se ciernen sobre la humanidad. El futuro puede ser menos sombrío que el presente. A condición de que, día a día, sepamos diseñarlo y construirlo. Cada uno. Todos juntos. Las enseñanzas artísticas pilar esencial del porvenir que anhelamos.